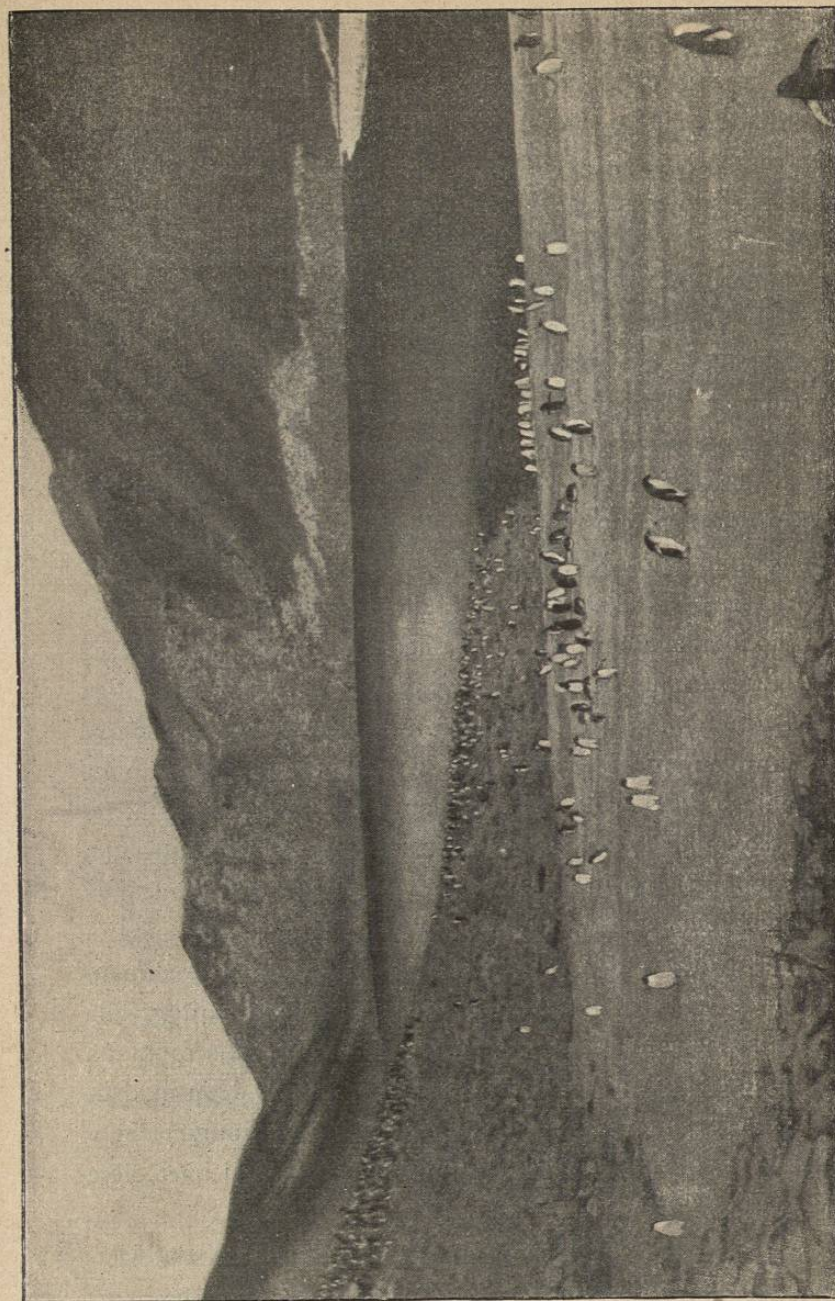


Presentóse la noche sumamente fría, y pasé mi hora de guardia solo, dando vueltas arriba y abajo. Cuando me retiré se despejaba el cielo, prometiendo un día magnífico. Verdaderamente fué espléndido. Ni una nube se veía en el cielo, que reflejaba su azulado tono sobre toda aquella extensión de hielo bañada por el sol. El calor se hizo casi sofocante, pero aun no se había puesto el sol, cuando ya deseábamos que saliese otra vez.

21 de febrero.—Tuvimos viento fresco del nordeste durante toda la noche. Ya cerca del medio día calmó algo, pero el hielo se agitaba nuevamente. El pequeño claro del día anterior existía aún, y sin perder momento empezamos á trasladarlo todo al témpano donde ya el día anterior habíamos llevado una parte. Estábamos ocupados en esta operación, cuando, repentinamente, se puso el hielo más inquieto que nunca. El claro, antes que pudiésemos darnos cuenta de ello, empezó á cerrarse, quedando demasiado estrecho para poder pasar remando con los botes. Tenemos que atarles cuerdas á la proa, y dedicándose algunos de nosotros á cortar hielo cuando se hace preciso, conseguimos atravesar por el agua entre los témpanos. Nos vemos precisados á pasar por sitios donde la nieve es tan profunda, que puede decirse que nos vamos bañando en ella, y otros donde apenas si podemos apoyar los pies; tenemos que arrastrarnos, subir y bajar, saltar adelante y atrás, á uno y otro lado. El hielo se va uniéndose más y más, tanto, que al fin tenemos que apresurarnos á varar los botes para evitar que sean destrozados. Pero aun hay muchas cosas que ordenar en el témpano antiguo, y se hace de noche antes de haber podido colocar la tienda de campaña.

Hemos visto hoy gran cantidad de pájaros bobos.



Mar del Cráter en la isla de Paullet.

Parece como si quisiesen poco á poco irse mar adentro. Todos pertenecen á la especie *Pygoscelis Adelia*. Durante el traslado vamos de vez en cuando encontrando largas hileras, que tendidos sobre la pechuga van empujándose con las patas hacia adelante, presentando una figura muy ridícula. Cuando nos ven, se levantan espantados. Pero, por lo demás, parece que durante esta época del año están gordos y cebados. Los hemos probado en una comida y su carne resulta sabrosa y excelente. ¡Buena provisión para el invierno!

22 de febrero.—¡Arriba, arriba, que es la una! No queda otro remedio, hay que darse por satisfecho. Me froto los ojos, salto del saco, me pongo los zapatos y afuera. El tiempo es tranquilo, estrellado y delicioso. Todo aparece quieto y en silencio... únicamente, desde la tienda, llegan respiraciones acompasadas á mis oídos. Duermen á gusto allí dentro... De vez en cuando, se oye también en medio de aquel silencio algún graznido de pájaro bobo, que me recuerda mi actual situación. De otro modo hubiera podido soñar en el hogar querido. Saco mi pipa para echar al aire unas cuantas bocanadas. ¿Quién sabe el tiempo que nos durará la tal pipa ó, mejor dicho, el «combustible» con que hemos de alimentarla? El hielo está tranquilo, apareciendo aquí y allá entre las sombras de todo aquel montón alguna montaña de figura extraña é imponente. Son las dos de la madrugada, despierto al que ha de hacer la próxima guardia y me echo sobre el saco de dormir, ¡sobre el apetecible saco de dormir!

«¿Qué sucede?»—«Todo el mundo arriba.»—«¿Pero, qué pasa?» ¡Ah! el hielo ha empezado á moverse y se ha formado un claro. Damos principio al trabajo y

pronto quedan listos los botes. Todo va con la mayor rapidez y ya hemos transportado varias cargas de bote, cuando nos vemos sorprendidos con que el claro empieza á cerrarse. En aquel preciso momento ha quedado cargado uno de los botes, que hacemos pasar en cuatro golpes de remo. Los bloques de hielo empiezan á ponerse en contacto, y al unirse unos con otros, forman numerosos montecillos. Llenos de ansiedad observamos el otro bote que se halla en camino y llega también sin ningún contratiempo. ¡Con paciencia todo se alcanza! Pasan algunos instantes, y parece que el hielo tiende á tranquilizarse. Todo el vacío que había hasta el nuevo témpano ha quedado completamente cubierto. Tomamos en pie nuestra comida, y tratamos en seguida de buscar nuevo paso. Siempre me ha hecho poca gracia estas bromas del hielo. A fuerza de emplear las hachas y los picos vamos desembarazando el camino de los principales obstáculos y continuamos la marcha. En un sitio se ha formado un canal de algunos metros de ancho, que presenta varios trozos de hielo dentro, sobre los cuales vamos saltando, al mismo tiempo que tiramos de las cuerdas y arrastramos el bote tras nosotros. Subimos por un bloque de escarpada pendiente. ¡Manó á las hachas, y arriba!

Al volver por nueva carga vemos que un canal que poco antes era insignificante, se había hecho tan grande, que podemos pasar por él y evitarnos un gran rodeo. Un par de minutos después, toda la masa de hielo que hace un instante era tan unida, se ha disuelto y se ven gran cantidad de témpanos sueltos aquí y allá. Aun hacemos un supremo esfuerzo para seguir adelante, pero finalmente quedamos detenidos ante un alto promontorio.

El hielo ha tomado una velocidad imponente. Los témpanos comienzan á dar vueltas, viniendo en colisión y rompiéndose. En el nuevo témpano nos encontramos la mayor parte de nosotros y en el viejo quedan todavía un par de compañeros con infinidad de objetos. Estamos sentados en la canoa sin dejar de movernos, y en dos témpanos que hay más allá se distinguen unos bultos llevando un saco de galleta, varios tablones y un envoltorio de ropa. En este momento se parán y parece que hablan, continuando después el camino cada cual por su lado. Por fin, se tranquiliza el hielo, y poco á poco nos vamos reuniendo todos, después de lo cual nos fortalecemos con una taza de café. Pero gran parte de nuestros efectos, muchos de ellos importantes, se hallan esparcidos por el hielo. No tenemos más que un «trineo» y vamos con gran lentitud. Diez hombres tomamos ahora rumbo hacia un témpano pequeño que se ve á lo lejos, donde tenemos un depósito. Hay que pasar sobre glaciares escarpados, meternos en el agua, saltar de nuevo á otro bloque, atravesar entre fango de hielo, que es demasiado espeso para remar y arrodillarnos, en fin, junto á la borda é irlo cortando para marchar adelante. Al poco rato estamos todos mojados hasta las rodillas. Wennersgaard está con nosotros activo y oportuno, trabaja con febril ardor. Finalmente, encontramos los depósitos extraviados y los llevamos á sitio conveniente. Tenemos necesidad de respirar un poco.

Pero aun queda mucho que hacer. No vemos ningún colchón por allí... y no tendremos más remedio que acostarnos sobre el hielo raso. Todavía faltan objetos importantes. El primero y segundo piloto, con tres hombres, emprenden el camino un momento después hacia

el antiguo bloque para intentar el salvamento de todo lo que ha quedado allí. Mientras tanto, los demás nos ocupamos en armar la tienda de campaña. En estas operaciones nos sorprende el crepúsculo; esperamos media, una hora, va obscureciéndose más y más, el hielo se torna por momentos más inquieto, pero nuestros camaradas no parecen. Pronto se hace de noche por completo. Al extremo de un palo colocamos una linterna vieja. De vez en cuando gritamos llamando, pero nadie contesta. ¿Se habrán quedado aislados los demás en algún pedazo de hielo que haya podido alejarse de nosotros? Pensamos en lo peor. Ahora se oye un sonido confuso, que pronto se hace más perceptible, y luego distingo claramente la voz de Haslum. La linterna ha desempeñado su cometido. De pronto queda todo otra vez en silencio, dándonos lugar á nuevos motivos de inquietud; pero finalmente los vemos llegar sanos y salvos. Ya era bastante tarde, pues estaba muy próxima la media noche.

Convencidos de que había pasado el peligro, nos reímos del sobresalto que habíamos pasado; cenamos y encendemos la pipa. Resulta delicioso arrojar bocanadas de aquel tabaco ordinario y negro, mientras estamos reclinados en el saco.

Aun nos queda mucho que transportar en el otro bloque de hielo. No sabemos con seguridad cuánto, ni nos tomamos tampoco la molestia de hacer cálculos acerca de ello. Mañana será otro día y habrá ocasión de reunirlo todo. No hay que pensar tanto en mañana, y tapándonos la cabeza con la manta, gozamos bien pronto del más profundo sueño, aunque el colchón es un poquito duro.

23 de febrero.—Naturalmente llegó el día siguiente.

Cada día tiene su cruz, no hay que dudarlo, y á éste no le faltaba la suya. El viento es tranquilo y tolerable, pero... la niebla, la niebla es tan tupida que apenas podemos ver á unos cuantos metros de nosotros. El movimiento del hielo continúa con vertiginosa velocidad. Parece como si fuésemos por medio de un bosque con los ojos tapados. A cada momento puede chocar cualquier montaña de hielo contra nuestro témpano, y entonces... ¡adiós! Esta noche pasó una junto á nosotros llevándose un pedazo del borde del témpano.

Poco á poco vamos averiguando lo que hemos perdido de nuestro equipo. Faltan los colchones, todos los tablores á excepción de dos, los tres pares de patines que poseíamos, una chalupa llena de ropa interior y casi toda la provisión de sal. Los patines y la sal era lo más importante. ¡Cuánta distracción y utilidad nos hubieran proporcionado los patines durante el futuro invierno! La pérdida de la sal también era de sentir. Sólo nos quedaba un tarro, del que, aun gastando la más indispensable, se concluiría dentro de un par de semanas. Esta pérdida no la olvidaría nunca, pues constituía un artículo muy necesario.

24 de febrero.—La niebla continuó todo el día y toda la noche, y únicamente al siguiente, ya cerca del mediodía, empezó á aclarar un poco. Entonces pudimos observar que nos habíamos acercado mucho á la isla de Paulet. En vano estuvimos todo el día buscando nuestros efectos, pues nada pudimos descubrir. La impulsión hacia la isla nos da, sin embargo, nuevos bríos. Felizmente, parece que nuestro témpano se dirige abiertamente hacia la orilla, y algunos de nosotros tenemos la firme creencia de que vamos casi directos á tierra. Te-

níamos la isla al oeste noroeste. Al obscurecer se halla tan cerca, que uno de los marineros dice que «puede ver las piedras de la playa», con lo cual demuestra tener una vista algo más que extraordinaria.

25 de febrero.—¡Sí, buen chasco nos llevamos por la mañana! ¡La isla de Paulet está de norte á oeste... allá á lo lejos en el horizonte! La corriente nos ha separado de tierra hacia el sur sudoeste, y toda la mañana estuvimos alejándonos más y más. Después una variación, y pausada y discretamente tomamos rumbo á la isla de Dundée. Ya bien entrado el día se abrió un claro espacioso en dirección á tierra, y no nos descuidamos en aprovechar la oportunidad. Todos los botes se cargaron en seguida, emprendiendo la marcha hacia un témpano montuoso y de gran extensión, que elegimos como alojamiento para la próxima noche. Toda la carga había quedado reducida á lo que los botes podían llevar en dos veces.

Para el que no lo haya visto resulta casi imposible poder calcular el trabajo que lleva consigo un traslado semejante. Desarmar la tienda, enrollar las velas, atar los sacos de dormir, varar los botes, llevarlo todo á la orilla del bloque, cargarlo, luego descargarlo y finalmente dejarlo todo arreglado en el nuevo témpano. Teníamos todavía bastantes palos para la tienda, pero en cuanto á mercancías aquello era un desastre.

\*

Al llegar el crepúsculo de la tarde me voy á dar un paseo para ver los alrededores. El témpano es tan «montañoso», que presenta un aspecto verdaderamente admirable. De repente me dirijo á un sitio de donde ha salido